

Allí estábamos, de pie sobre el enorme escenario del teatro. Todo estaba pronto, los amplificadores, los micrófonos, la maraña de cables estirados en el piso como serpientes anoréxicas. Ninguno de los cuatro se animaba a decir lo que pensaba. Faltaba media hora para el comienzo del recital y estábamos asustados. Después de revisar la afinación de la guitarra por tercera vez, me pregunté cómo habíamos ido a parar allí, a ese teatro barrial tan lleno de butacas vacías y viejas. Todo había arrancado mal. Un grupo más o menos popular tenía una fecha para un concierto y como conocían a un amigo nuestro, a Diego, decidieron invitarnos a participar. Hasta ahí, todo bien.

—¿Cuánto falta? —Nico interrumpió mis pensamientos. Estaba ahí, con su bajo, mirando hacia la sala en penumbras como un explorador al borde de un enorme desierto que sabe que tendrá que cruzar.

Le contesté y volví a recordar la trama que nos llevó a esa situación. La invitación nos entusiasmó. Quiero decir nosotros, La Misma Basura, unos ilustres desconocidos que apenas si habíamos logrado una buena ubicación en

un concurso televisivo, íbamos a tocar en una sala teatral con una banda que ya había grabado un disco. Era una gran oportunidad y nos matamos ensayando, discutiendo una y otra vez la lista de temas. Pero, como siempre, algo tenía que suceder. Y sucedió. Después de la difusión, de llevar comunicados a las radios, de salir a pegar afiches, después de todo el trabajo, los tipos nos avisaron, tres días antes, que justo les había salido un toque en el interior, uno de esos en los que te pagaban bien. Además, no se podía cambiar la fecha del teatro. Resultado: quedamos como la única banda, la banda principal.

Por eso los nervios y las dudas, que aumentaron considerablemente cuando Ricardo y Rafael decidieron ir hasta la puerta y asomarse al *hall* para echar un vistazo. Yo los veía desde el escenario mirando hacia afuera a través de una rendija en la puerta. Vi también cómo regresaban cabizbajos, preocupados.

—¿Poca gente? —pregunté.

Ricardo se encogió de hombros. Rafael fue y se sentó en la batería sin decir nada. Allá, al fondo de la sala, el sonidista, cuyo jornal debíamos pagar nosotros, tosió y su tos retumbó en el silencio.

“Poca gente”, había dicho yo, el iluso. Poca gente significaba “algo” de gente y eso al menos habría sido digno. Pero los minutos pasaron, juro que podía ver la aguja moviéndose en mi reloj, los segundos avanzando tic, tic, tic, tic, hacia la derrota.

Quince minutos después de la hora anunciada para el inicio, la puerta se abrió. Los cuatro miramos al unísono:

era el petiso encargado del teatro. Avanzó por el pasillo, las manos metidas en los bolsillos de su pantalón vaquero, y se detuvo frente al escenario.

—Muchachos, creo que vamos a tener que suspender.

Pensé en las horas de ensayo, en las idas a las radios, en la pegatina, en que estábamos ahí armando y probando el sonido desde las cuatro de la tarde, y me dieron ganas de putear.

—¿Poca gente? —se animó a preguntar Nicolás.

El encargado sonrió, no sé si porque aquello le había hecho gracia o por lástima.

—Se vendió una entrada.

—¿Una? —me arrimé al borde del escenario—. ¿Y ya le dijiste que se suspendía?

—Bueno, todavía no, primero quería hablar con ustedes.

—¿Y si esperamos un rato? —preguntó Rafael—. En este país nadie llega en hora a los toques.

—No creo que cambie nada, botija, este barrio es medio jodido para la música y más para lo que hacen ustedes.

—¿Y la persona que vino está ahí afuera?

No sé por qué, a lo mejor soy un idiota, pero sentía una especie de obligación hacia esa solitaria persona que por alguna extraña razón había llegado hasta el teatro a vernos. Así que dejé la guitarra, les dije a los demás que decidieran ellos y salí al *hall*. Mirando un cartel que anunciaba un próximo espectáculo de danza española, había un flaco con una remera de Nirvana.

—¿Vos sos de la banda? —me preguntó.

—Sí.

—Mala noche, ¿no?

—Así parece, creo que se suspendió.

—Y bue... —el flaco no sabía qué decir, capaz que le daba vergüenza ser el único tipo en todo el universo que había decidido venir a vernos. Quizá lamentaba de veras que no tocáramos.

12 —Y... es duro —comenté. El flaco asintió, extendió la mano y saludó. Después fue hasta boletería, donde le devolvieron su dinero, y se fue.

Me quedé un minuto viendo cómo afuera la gente y los autos pasaban por la avenida. Después volví a entrar. Teníamos que desarmar, esperar la camioneta del tío de Rafael, pagarle al sonidista o prometerle que le pagaríamos. Me dieron ganas de llamar a Eliana, más que nada porque un poco de afecto no me habría venido mal para combatir el bajón. Pero ella estaba estudiando y además, para decir la verdad, me había advertido que las cosas podrían ser así.

—Está todo mal, los invitaron y después los dejaron colgados con un toque, para mí tendrían que suspender, llamar ahora al teatro y decirles que no pueden.

Eso me había dicho dos días atrás y, odio decirlo, había tenido toda la razón del mundo. Motivo por el cual no debería llamarla: no tenía ganas de bancarme que me echara en cara sus dotes de adivina.

Para empeorar la situación, los tipos del teatro, que como todas las personas normales tenían familia y cosas así, decidieron cerrar e irse. Así que terminamos con los

equipos y los instrumentos en la vereda, mientras Rafael salía en busca de un teléfono para tratar de ubicar a su tío y ver si este podía venir antes.

Parados en la vereda con las cosas, mientras la gente pasaba y nos observaba como a bichos raros, nos sentíamos como los número uno del *ranking* de perdedores. A Nicolás le hacía mucha gracia recordar una telenovela para adolescentes que daban todas las tardes. Allí cuatro pibes que iban a un colegio ultra concheto formaban una banda y al poco tiempo hacían grandes giras y llenaban enormes teatros. Imágenes de la vida misma... mismo.

13

Pero yo pensaba en otras cosas. Más allá de que era totalmente obvio que habíamos hecho todo mal, me daba cuenta de que ahora habitábamos otro territorio, el famoso espacio al que accede una banda cuando deja la etapa inicial.

Los comienzos en realidad son más fáciles y hasta divertidos. Cuando una banda es nueva, recién formada, y tiene su primera actuación, puede darse el lujo de sonar horrible que igual no importa. Es seguro que el lugar estará lleno de amigos y familiares. Todos juntos aplaudiendo y apoyando a ese vehículo sonoro recién salido del horno.

La segunda vez, ya hay menos amigos y familiares. Así, como en una gráfica, se puede ir viendo cómo una línea baja, mientras la otra sube. Cuantos más toques, menos amigos y familiares. Se llega entonces a un punto donde ya no se puede seguir molestando a los amigos, compañeros de estudios, vecinos del barrio o primos lejanos para que vayan a ver a la banda. Ahí empieza el verdadero desafío,

el de lograr lo que llamamos “público de verdad”, título que uno le adjudica a toda persona que llegue a un toque de su banda y que no sea conocido de ninguno de los músicos. El flaco con el que hablé, era “público de verdad” y tal vez por eso me dolía más la situación.

—A veces, te juro que me dan ganas de largar todo —dijo Ricardo, aunque no parecía estar hablando con alguien en particular sino con él mismo.

14

Yo quería decirle que no se trataba de la gente, sino de nosotros. Que si vino una persona, entonces en otras ocasiones quizá podría haber más. Que teníamos que seguir para adelante, ser cada vez mejores y mejores, y que cuando fuésemos lo suficientemente buenos, las cosas comenzarían a ocurrir.

Mi plan era simple, en el concurso de la tele habíamos ganado el derecho a grabar un tema para un disco compilado. Si lográbamos que alguien nos pasara en la radio ese tema, algo tenía que suceder.

Esperamos un rato más. Nicolás comentó que el sonidista se había apiadado de nosotros. Al menos no estábamos endeudados. Al rato volvió Rafael y nos dio la única buena noticia de la noche: su tío estaba en camino.

Más tarde, mientras viajábamos en la caja abierta de la camioneta, congelándonos, Ricardo me palmeó la espalda.

—Es dura la vida de una estrella de rock, ¿no?

Nos reímos juntos. Ya estábamos prontos para la próxima batalla.

Definitivamente no estaba teniendo un buen año. En un país en el que la queja bien podría ser un deporte nacional, de verdad yo era un bicho raro, un optimista, uno de esos tontos que prefieren ver el famoso vaso mitad lleno, antes que vacío. Quizá fuese una falla en mi ADN, no lo sé, pero lo cierto es que ante la adversidad yo siempre trato de poner buena cara, como se suele decir, y seguir para adelante.

15

Pero claro, todo tiene un límite y cuando la bocha viene torcida, como decía mi abuelo, es al ñudo que la fajen o algo así. Hacía ya un par de días que había tenido la maravillosa experiencia de trabajar duramente para un toque que convocó a una sola persona. Aun así yo creía, seguía creyendo, que había que meter para adelante, no darse por vencido y todas esas cosas que dicen los pósters que venden en los quioscos. Y claro, debido a mi confiada naturaleza, no estaba preparado para lo que vendría. Eventos que iban a cambiar mi vida de pronto, como esos tornados que muestran los noticieros de la tele. Uno ve a esa gente, caminando entre los escombros de lo que fue su vivienda

y piensa que, a lo mejor, apenas horas antes estaban ahí tranquilos, tomando mate, haciendo planes para el día siguiente y de pronto el techo se les vino encima.

Todo comenzó con una llamada de Eliana. No es por hacerme el Harry Potter, que de brujo no tengo nada, pero ya cuando mi vieja me avisó del telefonazo, sentí algo, una nota levemente desafinada, un golpe de tambor apenas fuera de tiempo.

—Sebastián, tenemos que hablar —dijo ella.

16 —Ya estamos hablando —dijo el chistoso inoportuno de siempre, o sea yo.

Supe que algo sucedía, podía sentirlo a través de la línea. La voz de Eliana era la misma de siempre, pero había algo diferente, algo pequeño, que le daba cierta urgencia a sus palabras.

—No estoy para chistes —dijo, cortante—. Tenemos que hablar en persona.

Ahora podía percibir que en su voz había otra cosa más, una especie de angustia, como en esas personas que dicen una cosa, pero en realidad quieren decir algo más, algo importante.

—Bueno, si querés voy para tu casa.

—No, acá no, las cosas están medio mal con mi vieja, mejor en el boliche de General Flores.

—¿Ahora?

—Sí, ahora, salgo para allá.

Bien, así eran las cosas y aunque hacía un frío como para asustar pingüinos, me puse la campera, le dije a mi vieja lo que iba a hacer, y salí.



—¿Le pasa algo? —preguntó, intuitiva como siempre, *my mother*.

—No sé.

Tengo que admitir que mientras caminaba hacia el boliche, comencé a sentir desasosiego. Sé que es una palabra importante, pero, lo siento, no pude pensar en otra mejor. “Incertidumbre” también servía, “cagazo” podía ser, pero no alcanzaban a describir la verdadera emoción que hacía latir con más fuerza esa máquina de bombeo que todos tenemos adentro.

Podía tratarse de un nuevo problema con la madre, claro. Esa era la primera opción. Desde que Eliana había vuelto de Estados Unidos —donde descubrió que si bien no quería o podía vivir aquí con su madre, las cosas con su padre tampoco resultaron del todo buenas—, ella había tenido algún lío que otro. De esos con llantos y gritos y amenazas de irse de la casa. De esos que terminaban con abrazos y más llantos y largas conversaciones con su madre hasta la madrugada.

Me caía bien la madre de Eliana. Es una de esas mujeres medio *hippies*, de esas que uno se imagina tirándose desnuda en el barro en Woodstock y que ahora, más veterana, sigue viviendo algo atrapada en esa onda Cabo Polonio. Usa ropa con aires hindúes, escucha música New Age y prende incienso en la casa. Cuando vas, te convida té de hierbas con gusto a tierra que ella dice que sirven para centrar mejor tu energía. Y además sonríe todo el tiempo, como si le hubiesen hecho la cirugía en la cara y tuviese la piel tan tirante que le impidiera cerrar la boca.

No me imaginaba qué clase de líos podía tener Eliana con ella. Al lado de otras madres que conozco, la suya es sor Teresa de Calcuta.

Pero bueno, mis amigos dicen que mis viejos son macanudos y yo también a veces tengo lío con ellos, sobre todo por el asunto del estudio, actividad que, al parecer, no logro realizar del todo bien.

18 Cuando entré al bar, Eliana ya estaba allí, ubicada en una mesa contra la ventana del fondo. Era su lugar favorito cuando íbamos allí a conversar, o a veces, de madrugada, cuando volvíamos de un toque y, si teníamos plata, entrábamos a tomar un capuchino con unas galletas dulces enormes que hacían ahí mismo. Eso estaba rebueno, pero en su mesa ahora no había ni capuchino, ni galletas, ni era de madrugada.

Cuando me vio hizo un esfuerzo por sonreír. Pero Eliana, a diferencia de su madre, no es de ejercitar mucho esos músculos de la cara. Lo que le salió fue apenas una mueca.

Me senté, pedí café en vaso, tamborileé los dedos encima de la cármica y la miré. Eliana miró hacia afuera, a través de la ventana y suspiró. Mala señal; las mujeres sólo suspiran cuando: A) están fastidiadas o B) están en una intensa situación romántica. Como soy muy inteligente y sabía que aquella no era una situación que cayera en la segunda categoría, deduje que estaba fastidiada.

Y después dijo la frase más temida por todos los varones del universo.

—Creo que tenemos que dejar de vernos por un tiempo.

El final de la frase, la parte de “por un tiempo”, se suele agregar como para que la cosa no sea tan cortante y brusca. “Por un tiempo”, da la sensación de algo breve, algo pasajero, algo que, justamente el tiempo se encargará de subsanar. El punto en realidad debería estar después de la palabra “vernos”.

—La frase más vieja del manual —comenté tratando de tragar saliva—. ¿Se puede saber por qué? ¿Hice algo mal?

Y sí, el manual dice claramente en su página 23 que la frase siguiente es: “no sos vos, el problema soy yo”.

19

Que fue justamente la que ella usó.

Está bien; si una persona se toma la molestia de cargar con la culpa, al menos demuestra que no te quiere lastimar más de lo necesario y eso a su vez significa que todavía le importás lo suficiente como para no decir directamente: “Mirá, no te quiero ver más porque no te aguanto”.

Yo revolvía mi café. Miraba cómo la cuchara formaba un pequeño remolino en el centro del líquido negro. Sentía que había miles de cosas que debía decir, pero no sabía cuáles eran. Habíamos pasado millones de cosas juntos, tanto cuando ella había integrado la banda como cuando luego se fue a Estados Unidos y también cuando volvió. Pero ahora, viéndola ahí, cerrada en sí misma, no sabía qué cuernos decir.

—¿Se puede saber qué te llevó de pronto a tomar esta decisión?

—Ya te dije, no es un problema tuyo, sino mío, siento que no estoy donde quisiera estar, que no hago lo que quisiera hacer y que no...

—Que no estás con quien deberías estar, ¿es eso?

—No, no, es que —su voz se quebró un poco y se volvió apenas más ronca— necesito estar sola por un tiempo, necesito pensar qué voy a hacer y ver dónde encajás vos en todo esto.

20 Está bien, admito que Eliana era la mujer más sincera del mundo, la quería por eso y por muchas otras razones. Pero lo que me molestaba era sentirme como una especie de pieza en un plan que nunca terminaba de formularse.

Cuando todo estaba bien entre nosotros, ella decidió irse a Estados Unidos y me hice bolsa. Me costó mucho recuperarme de eso. Cuando medio me había acostumbrado a su ausencia, regresó. Y ahora que veníamos bien desde hacía tiempo, paf, otra vez las decisiones unilaterales.

—Lo que está bueno —dije tras tomar un sorbo de café—, es cómo parecés no tenerme en cuenta para nada cuando tomás decisiones.

—No sé por qué lo decís —se quejó.

—Claro, es como que vos estás jugando al PlayStation y yo soy el macaco que manejas con el *joystick*, que andá para acá, que doblá a la izquierda y así llegamos a pasar al siguiente nivel, pero entonces, cuando el juego se pone un poco más complicado, apagás la máquina y listo.

—Si eso es lo que pensás de mí... —murmuró.

El viejo truco de la ofensa. Está bien, yo no quería lastimarla tampoco, pero... ¡hola! Era ella la que me estaba dejando a mí.

—No te lo tomés a mal, ya me hiciste pomada alguna vez antes, sólo que ahora soy un poco más grande y entiendo algunas cosas más, es cierto que son pocas cosas, pero sigo creyendo que cuando algo se complica un poco, vos rajás.

—¿Y qué se complicó?

Bueno, no se lo iba a recordar ahora, pero hacía muy poco que habíamos estado hablando de la posibilidad, sólo eso, de que los dos consiguiéramos trabajo al cumplir los dieciocho y nos fuéramos a vivir juntos. Sé que eso ya no es común, pero era lo que sentía.

—Nada, nada, capaz que te asustó lo de vivir juntos y eso.

—¿Ves que no entendés nada? —dijo y se levantó pronta para irse.

Yo ya estaba un poco cansado y bastante dolido. Por un lado quería terminar con esa situación de una buena vez. Por otro no quería, porque si ella se iba, podía ser la última vez que estuviéramos juntos. Y eso sí que me jodía y mucho.

Yo también me paré, saqué plata para pagar los cafés y la dejé sobre la mesa.

—Te acompaño a tu casa.

—Está bien.

Salimos y comenzamos a caminar por la avenida bajo un cielo gris oscuro. Una hora antes le habría pasado el

brazo o le habría agarrado la mano, pero ahora me sentía como un idiota y caminaba a su lado con las manos en los bolsillos y en silencio.

Parecía que ya no teníamos nada que decirnos. Y así fue hasta que llegamos a su puerta. Ella metió la llave, después se dio vuelta y me dio un beso en el cachete.

—Perdoname —dijo y entró.

22 Les voy a ahorrar los detalles de la noche en vela que pasé y de los discos que escuché a todo volumen en el discman para tratar de acallar mis pensamientos.

Porque cuando las cosas vienen mal, vienen mal. Algunos días después sufriría otro golpe del destino que me confirmaría esa tendencia negativa en la que parecía estar metido hasta el cuello.

Pasé una noche terrible. Por momentos lograba dormirme, pero de pronto me despertaba y sentía una gran decepción porque descubría que estaba otra vez allí, en el mundo real, ese lugar donde las cosas duelen.

23

Voy a saltarme las escenas lacrimógenas. Es obvio que estaba muy bajoneado, pero detesto ponerme dramático. Eliana me dejó otra vez, estoy mal ¿y? ¿Acaso ganaba algo con actuar como en un teleteatro? No. El bajón es como cuando se rompe la cadena en un ascensor. Caés y caés y aunque luches, sabés que te vas a dar contra el piso. Entonces lo mejor es no pelear, no oponerse a esa fuerza que tira para abajo. Porque cuanto antes llegués abajo, más rápido podés comenzar a subir otra vez. Es que si algo había aprendido en mi breve existencia, es que hay un fondo y que una vez que llegás ahí, se rebota hacia la superficie.

Aun así escuché un disco de Radiohead como cuatro veces y tengo que admitir que tuve ganas de llorar. También tuve ganas de levantarme y llamar a Eliana para decirle un montón de cosas, porque por momentos la tristeza se convertía en enojo.

Sea como sea llegué hasta la madrugada. Me asomé a la ventana y vi pasar al basurero. También vi cómo de a poco los autos copaban la avenida y cómo la gente cruzaba apurada y abrigada hacia sus trabajos, hacia vidas que nada tenían que ver conmigo, ni con Eliana. La Tierra, lo sabía, giraba alrededor del Sol, no de mis problemas.

24 Pero esa noche, mientras atendía una llamada de Ricardo en la que estábamos poniéndonos de acuerdo sobre la grabación de un tema para un disco compilado —derecho que habíamos ganado en el concurso de televisión—, vi llegar a mi viejo de su laburo. Pasó a mi lado como si yo no estuviera ahí y se puso a conversar con mi vieja. No me di cuenta qué decían, pero capté cierta urgencia en el tono, y también algo de frustración.

Terminé de hablar con Ricardo y me arrimé al living.

—¿Pasa algo? —pregunté.

Mis viejos me miraron. Mi padre se dejó caer en el sillón. Parecía estar buscando las palabras.

—Me echaron —dijo secamente.

—¿Del trabajo?

Asintió. Mi madre se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros.

—No te preocupes, yo tengo mi empleo, de alguna manera nos arreglaremos —lo tranquilizó.

Nunca antes habían echado a mi viejo de un trabajo, así que yo no tenía la experiencia para saber exactamente qué significaba, cómo nos iba a afectar, cómo iban a cambiar nuestras vidas a raíz de ese hecho. Me senté en otro sillón. No sabía qué decir.



—Por un tiempo no va a haber diferencias —me tranquilizó mi padre—, voy a cobrar el despido y con eso nos da para unos meses mientras busco otra cosa.

—Pero vamos a tener que apretar un poco las cuentas —intervino mi madre.

Yo quería creerles, quería pensar que todo iba a salir bien, pero tenía amigos, compañeros del liceo, cuyos padres estaban desocupados y sabía que en algunos casos la situación podía complicarse. Algunos tenían padres que se habían ido a trabajar a España o Estados Unidos y les mandaban plata cuando podían. Otros hacían changas. También tenía algunos compañeros que habían dejado los estudios y se habían puesto a trabajar para ayudar en sus casas.

—¿Y si consigo trabajo? —pregunté.

Mi padre sonrió y miró a mi madre.

—Creo que es mejor que estudies, como están las cosas en el mundo cada vez es más difícil si no sos algo, si no sabés hacer algo, si no tenés un oficio o una profesión para defenderte.

—Puedo estudiar y trabajar, muchos lo hacen.

—En serio, Sebastián, no te preocupes, todo va a salir bien —dijo mi madre.

Sí, claro. Todo estaba realmente perfecto. Eliana me había dejado, ahora mi padre se quedaba sin laburo. Ya sé que no era como si un asteroide se dirigiera directamente hacia nuestro planeta, o sea que no era el fin del mundo. Con Eliana podría llegar a arreglar las cosas, mi viejo podría conseguir otro empleo en algún momento.

Pero estábamos en crisis. El país estaba en crisis desde que existía, mi vida estaba en crisis desde el día anterior. Y aunque escuché por ahí eso de que para los chinos la palabra “crisis” significa “oportunidad”, pensé que se trataba de una reverenda boludez.

Cenamos casi en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos y después salí. Tenía ganas de caminar, de pensar un poco en todo lo que estaba sucediendo. De hacer una especie de resumen, pasar raya y mirar hacia adelante.

26

Caminé unas cuadras hasta General Flores y después doblé hacia abajo, en dirección a la Estación Goes. Por primera vez noté la enorme cantidad de comercios cerrados, locales vacíos y oscuros que ocupaban los espacios donde antes había coloridas vidrieras. No quiero que nadie entienda mal, siempre quise mucho este lugar, este país, pero no podía creer que siempre, año tras año, se dijeran las mismas cosas, que viéramos las mismas caras en la tele prometiendo lo mismo, y que siempre, cada año, estuviéramos peor que el anterior. ¿Es que nadie se daba cuenta? Cinco cuadras más adelante pensé que a lo mejor todos los que se iban tenían razón. Y aun así sentía que estaba donde tenía que estar, que si todo el mundo se iba, las cosas iban a ser siempre iguales.

Más o menos una cuadra antes de la estación me topé con una mujer, una vieja que empujaba un carrito lleno de papeles, bolsas de basura, botellas, y cosas así. Bajo la luz del farol pude ver que era una mujer horrible, fea como una bruja, llena de arrugas. A su lado marchaba una

niña de unos siete u ocho años. Era rubia y tenía los pelos parados por la mugre. Llevaba un vestido harapiento y un palo en la mano. Cuando estaba por cruzar la calle, supongo que la niña hizo algo con el palo, porque la vieja comenzó a gritarle, a insultarla. No era de esos rezongos que cualquiera puede escuchar, sino los peores insultos que uno pueda imaginarse, cosas que por pudor no me animo a repetir. Y la imagen era peor porque aquellas palabras espantosas provenían de aquella mujer horrible. La niña no pareció inmutarse y siguió caminando, agitando el palo en el aire, mientras la vieja continuaba con un lenguaje que haría poner colorado a un camionero.

27

Tuve ganas de decir algo, de intervenir. Lo que me frenaba era la sorpresa. No podía creer lo que escuchaba. Nunca había imaginado que existieran personas que pudieran decirle esas cosas a una niña. Peor fue imaginarme la clase de vida que llevaría esa pequeña, yendo quién sabe adónde con esa arpía, el futuro que tendría, la manera en que podía llegar a ver el mundo que la rodeaba.

Me sentí como un idiota. Yo creía tener problemas. Yo, que vivía con mis padres, comía todos los días, iba a estudiar, tenía amigos, una banda musical, sueños. ¿Qué clase de problemas podía tener yo, al lado de los de esa niña? Es curioso cómo a veces tomar contacto con cosas así te hace ver dónde estás parado realmente. Yo era un privilegiado. Es verdad que había muchos que eran más privilegiados que yo, pero también había cientos, miles que habitaban un espacio más abajo en la cadena alimenticia.

Me dije que de allí en adelante, cada vez que sintiera que tenía problemas, me acordaría de esa niña.

Doblé en la esquina siguiente y enfilé hacia lo de Ricardo. Nos pasamos una hora planificando la grabación del tema y después otra hora jugando al fútbol en su PlayStation. Me ganó todos los partidos. Mientras jugábamos le conté de Eliana, de mi viejo y de la mujer horrible.

—Tenemos que hacer un tema —dijo Ricardo—. Algo que tenga que ver con la vieja horrible, está bueno.

28 —Pero no está bueno —protesté—. Es algo muy jodido.

—Por eso, es una manera de recordarle a la gente.

Quizá tenía razón, pero no nos veía cantando acerca de la niña rubia y la bruja, así que se lo dije.

—¡Eso es! —se entusiasmó Ricardo y agarró papel y lápiz—. Gretel y la bruja viviendo en la ciudad, está rebueno.

Agarré la guitarra que estaba encima de la cama y busqué unos acordes, Ricardo trataba de tararear una melodía encima de mis acordes, y cada tanto se detenía y escribía algunas líneas.

Al rato teníamos el esbozo de una canción y tengo que admitir que estaba buena.

—Creo que esta es la canción que deberíamos grabar —afirmó Ricardo.

Estuve de acuerdo, pero antes de tomar una decisión teníamos que mostrársela a Nicolás y Rafael. Igual faltaban algunos días para la grabación.

Esa noche, cuando regresé a casa y me tiré sobre la cama, todavía tenía la melodía dándome vueltas en la cabeza. Era extraño, pero estaba entusiasmado con la canción. Quizá fuera porque al final Gretel destruía a la bruja, quizá fuera porque habíamos tomado un pedazo oscuro de realidad y lo habíamos convertido en otra cosa, en un acto creativo, en una canción que transmitía luz.

Antes de dormirme pensé que si la música servía para eso, convertir en luz la oscuridad, entonces no estaba errando mi camino. También me sentí mejor: hacía horas que no pensaba en Eliana.